

# La reafirmación de la masculinidad en la cruzada franquista

Mary VINCENT  
Department of History  
University of Sheffield  
m.t.vincent@shef.ac.uk

## RESUMEN

Después de la primera guerra mundial, el soldado se convirtió en el arquetipo masculino. En esa época, las ideas de la masculinidad se centraron en la agresión: el hombre nuevo fascista sería el agente de cambio político y social. El golpe militar de 18 de julio sirvió como un llamamiento a los hombres de España para regenerar a su país. Las ideas falangistas de la belleza masculina, la hermandad y la camaradería de las trincheras crearon un nuevo entendimiento de la virilidad en España. Este culto de la virilidad era fundamental en la movilización del bando franquista durante la guerra civil y parecía que la victoria fortalecería este concepto de la masculinidad. Sin embargo, pronto se abandonaron las sociedades horizontales de la hermandad fascista a favor de las comunidades verticales de la historia y el linaje, tan importante en la tradición carlista. La clave para entender la masculinidad fomentada por el Nuevo Estado durante la posguerra era el paternalismo en vez del fascismo.

**Palabras clave:** Masculinidad, guerra, violencia, fascismo, Falange, Carlismo

## *The Reassertion of Masculinity in the Francoist Crusade*

## ABSTRACT

After the First World War, the soldier became the masculine archetype. Aggression was intrinsic to contemporary understandings of masculinity: the 'new Fascist man' would be the agent of political and social change. The military coup of July 1936 was a call to men to renew Spain. Falangist ideas of male beauty, brotherhood and comradeship in arms created a new understanding of masculinity in Spain. This cult of virility was instrumental to Franco's mobilisation during the civil war and seemed to be reinforced by victory. However, the horizontal communities of fascist brotherhood were soon jettisoned, replaced by the vertical connections of history and family hierarchy, so important in the Carlist tradition. Paternalism, not fascism, was the key to the understanding of masculinity fostered by the New State during the postwar.

**Keywords:** Masculinity, war, violence, fascism, Falange, Carlism

Cuando varios generales se alzaron en contra de la Segunda República el 18 de Julio de 1936, su acción fue tanto un asalto contra el gobierno como una llamada a las armas. El pronunciamiento fue el indicador de un movimiento de defensa social más amplio: los verdaderos españoles se levantarían ante el ultraje de la República, pervertidora de la verdadera naturaleza de la nación. Así pues la llamada a las armas de los generales movilizó el lenguaje de la regeneración. Tal y como anunciaba el

“cirujano de hierro” de Costa, el que erradicaba la “gangrena” que afectaba a su país, la Guerra contra la República erradicaría el antiespañolismo, esa parodia degenerada de la verdadera nación. El discurso regeneracionista operó siempre refiriéndose a su contrario: la degeneración. Como en todas partes, en España se entendía la degeneración según términos eugenésicos y darwinianos, centrándose en la capacidad reproductiva de la raza, dándole protagonismo al cuerpo de la mujer<sup>1</sup>. La conducta social y sexual de la mujer, así como su capacidad de engendrar hijos, se convirtió en el termómetro de la salud moral de la nación. Cuando José Antonio Primo de Rivera escribió desde la cárcel en mayo de 1936 exhortando a los soldados españoles para que se movilizaran, habló de la negación del honor y la destrucción de la familia, preguntando: “¿no habéis oído gritar a muchachas españolas estos días: ‘¡Hijos, sí; maridos, no!’?”. La historia se repetiría en la influyente carta pastoral del arzobispo Enrique Plá y Deniel, en la que justificaba el alzamiento militar: la izquierda era lo “que destruye la familia, que pervierte a la niñez y a la mujer”. ¿Es que no habéis oído, preguntó el arzobispo, a “desbocadas jovencitas libertarias” gritando ‘¡Hijitos, sí; maridos, no!’?<sup>2</sup> Aunque indudablemente apócrifa, la historia se tornó proverbial entre la derecha, precisamente porque mostraba la degeneración de España.

La llamada a las armas de los generales fue por lo tanto una llamada dirigida a los hombres. Los proyectos regeneracionistas se basaban en un concepto de masculinidad muy particular: las mujeres no sólo representaban la salud moral de la nación, sino que también pasaron a simbolizar la degeneración en un momento en el que la “decadencia” había conducido a una feminización notable del espíritu nacional, la gente y, sobre todo, la clase trabajadora. Las “jovencitas libertarias” representaban un peligro sólo por ser “desbocadas”: la autoridad paterna y el tutelaje masculino las devolvería a su lugar “natural” en la familia, la sociedad y la nación. Los hombres eran los agentes de la regeneración, pues este proyecto regeneracionista se tenía que llevar a cabo a través de la guerra.

Desde al menos 1914, la guerra se había entendido como un instrumento de renovación nacional y personal. El combate militar ponía a prueba a las naciones a medida que hombres jóvenes se deshacían de su niñez demostrando su valor en las trincheras, dominando sus instintos primarios de dolor, turbación y deseo sexual por la gloriosa victoria final y el renacimiento nacional. La dicotomía occidental entre cuerpo y alma, lo físico y la voluntad, fue entonces reinventada<sup>3</sup>. La guerra transformaba a los hombres y los convertía en agentes del cambio; este fue el inicio de

---

<sup>1</sup> Ver SINCLAIR, Alison y CLEMINSON, Richard (coords.): “Intellectuals, Dissent and Sub-cultures of Mind and Body”, *Bulletin of Spanish Studies* LXXXI, 6 (2004) sobre todo el artículo de RICHARDS, Michael, “Spanish Psychiatry c.1900-1945”, pp. 823-848.

<sup>2</sup> “Carta a los militares de España”, 4 de mayo de 1936, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera*, <http://www.rumbos.net/ocja/jaoc0189.html>; PLA Y DENIEL, Enrique: “Las dos ciudades”, *Boletín Eclesiástico del Obispado de Salamanca* (1936), 271, 295 [262-313].

<sup>3</sup> MOSSE, George L.: *Nationalism and Sexuality: Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, Wisconsin, Wisconsin University Press, 1985, pp. 114-32; MOSSE, George L.: *The Image of Man: The Creation of Modern Masculinity*, New York, Oxford University Press, 1996, 107-119.

los discursos sobre virilidad que dominaron la Europa de entreguerras. La Primera Guerra Mundial demostró que ser soldado era la práctica masculina por excelencia en el siglo XX: como dijera el arzobispo Plá y Deniel, la guerra era “una gran escuela forjadora de hombres”<sup>4</sup>. Coraje y heroísmo definirían la identidad masculina; la camaradería de las trincheras traía consigo la base de toda relación entre hombres, ya fuera en el ejército, la comunidad o la nación. Esta sociedad masculina auténtica —los “auténticos” hombres de España— se puso en funcionamiento con la Guerra Civil, elevándose para purificar, purgar y “regenerar” a la nación. “¡Quién sabe si la operación quirúrgica, cruentísima ... será el remedio que expela del cuerpo del viejo continente el humor pestífero que lo tiene en gravísimo peligro!”, se preguntaba el cardenal Gomá y Tomás, primado de España, en otra carta pastoral que se refería explícitamente a la “virilidad, casi legendaria, con que gran parte de la nación se ha levantado para librarse de una opresión espiritual”<sup>5</sup>.

A pesar de los eufemismos que usaban los arzobispos, esta noción de “virilidad” se apoyaba sobre la aptitud de matar de los hombres. Tanto en la Primera Guerra Mundial como en la Guerra Civil española, la experiencia bélica industrial condujo a la movilización en masa de la sociedad, enturbiando así la distinción entre civiles y combatientes, la retaguardia y la línea de fuego. Es sabido que en la España republicana hubo milicianas que luchaban mano a mano con sus hombres al inicio de la guerra. Pero iniciativas igualitarias como ésta eran más aparentes que reales: las milicianas sobrevivieron en los pósters de propaganda para ridiculizar a los hombres y hacer que se alistaran, pero fueron devueltas de las trincheras al cabo de sólo unas semanas<sup>6</sup>. Paradójicamente, el paso a la guerra “total” en 1914 reforzó el rol establecido de cada sexo: el alistamiento de mujeres fue una respuesta de emergencia a una situación de emergencia; la asociación entre el hombre y la lucha se veía, por contraste, “natural”. Quizás esto explique por qué, en una historiografía sustancial y creciente sobre la relación entre género y guerra, se haya dedicado una atención relativamente pequeña a la masculinidad. Estamos acostumbrados a ver a los hombres como actores políticos, como ciudadanos, o bien como soldados, pero no es tan corriente verles como hombres, es decir, como seres que tienen un cuerpo sexuado<sup>7</sup>. La masculinidad está ocultada por norma: los hombres estaban —y están— acostumbrados a ser vistos como individuos, y no a estar definidos por su sexo.

De este modo, las relaciones entre sexos en tiempos de guerra han sido más complejas y rebatidas de lo que sugerían los relatos familiares de mujeres durante el conflicto, acentuando la emancipación y la consecución de la igualdad política<sup>8</sup>.

<sup>4</sup> PLÁ Y DENIEL, Enrique, *op. cit.* p. 300.

<sup>5</sup> GOMÁ Y TOMAS, Isidro: “El caso de España”, reproducido en GRANADOS, Antonio, *El cardenal Gomá, primado de España* Madrid, Espasa Calpe, 1969, 319, 326.

<sup>6</sup> NASH, Mary: *Rojas: Las mujeres republicanas en la Guerra Civil* Madrid, Taurus, 1999.

<sup>7</sup> Ver VINCENT, Mary: “The Martyrs and the Saints: Masculinity and the Construction of the Francoist Crusade”, *History Workshop Journal* 47 (1999) 68-98; CAPDEVILA, Luc: “L’identité masculine et les fatigues de la guerre (1914-1945)”, *Vingtème Siècle: Revue d’Histoire* 75 (juillet-septembre, 2002), 97-108.

<sup>8</sup> Sobre la historiografía de género en tiempos de guerra, ver VINCENT, Mary (coord.): “Gender and War in Europe, c.1918-1949”, Theme Issue, *Contemporary European History* 10, 3 (2001); HAGEMANN,

Aun así, incluso en regímenes progresistas y democráticos, la movilización de las mujeres causó tanta preocupación —en relación a la moral pública, el modo de vestir y de comportarse y, sobre todo, los hábitos sexuales— como emoción. El rol de la mujer había sido siempre auxiliar: la movilización esencial era la de los hombres. El lenguaje de la movilización militar estaba marcado sexualmente: la guerra jamás se podría hacer ni representar sin los hombres. Servir como soldado era el ejemplo definitivo de la verdadera masculinidad, un código perceptible, exhortador, que conllevaba una masculinidad mucho menos evidente, que dependía de la asimilación de la autoridad masculina. Después de la Primera Guerra Mundial, la percepción de la nación “verdadera” se volvió más marcial y viril, un proceso que tuvo lugar de manera palpable tanto en España como en Francia o Italia. Una nueva y hegemónica masculinidad se construía, definida sobre una base de cualidades y atributos “masculinos”, concretamente estoicismo, disciplina y tenacidad. Los hombres de verdad eran valientes y fuertes; se mantenían impávidos al frente del peligro y les gobernaba la razón y la voluntad en vez de sus sentimientos. Tal noción de masculinidad se definía claramente en contraposición a los atributos femeninos —ternura, intuición, sensibilidad— creando así un discurso global de fuerza (masculina) opuesto a debilidad (femenina). La característica más destacada era el autocontrol: los hombres eran capaces de dominar y domar sus pasiones, emociones y deseos físicos, convirtiendo estos instintos “primitivos” en fuerza y acción.

El tópico hegemónico también se podía usar en contra de otros hombres inferiores, como los homosexuales, judíos, la población colonial, la clase obrera y hasta los niños. En el período de entreguerras, un contraste deliberado se empezó a desarrollar entre el prototipo “viril” o “masculino” y cualquier otra forma de masculinidad disidente o subordinada, que recibían específicamente términos femeninos. Por ejemplo, a los judíos les faltaba la virilidad: eran nerviosos e histéricos, gobernados por sus pasiones, y codiciosos y rapaces para con las mujeres. Asimismo, los homosexuales eran sensuales y corruptos, propensos a padecer enfermedades del sistema nervioso y a merced de deseos sexuales “a contra natura”<sup>9</sup>. Ambos grupos carecían de autocontrol, la capacidad para dominar la pasión, impulsividad y emoción que definía la masculinidad hegemónica. La heterosexualidad —en un sentido tanto de capacidad sexual como de control de los deseos sexuales— era entonces intrínseca a la definición de masculinidad hegemónica. De hecho, la fascinación con la sexualidad “aberrante” —básicamente la homosexualidad masculina— sugiere una incertidumbre mayor respecto al sexo y la identidad. Tras la revolucionaria obra freudiana sobre el psicoanálisis, tales incertidumbres se podían encontrar por toda Europa. ¿Cómo podían dominar la “razón” y el autocontrol sobre el subconsciente? El temor de que la masculinidad en realidad se pudiera basar en el deseo sexual

---

Karen y SCHUELER-SPRINGORUM, Stefanie (coords.): *Home/Front: The Military, War and Gender in Twentieth-Century Germany*, Oxford y Nueva York, Berg, 2002; CAPDEVILA, Luc, ROUQUET, François, VIRGILI, Fabrice y VOLDMAN, Danièle: *Hommes et femmes dans la France en guerre, 1914-1945*, Paris, Payot et Rivages, 2003.

<sup>9</sup> MOSSE, *Nationalism and Sexuality*, 133-52, e *Image of Man*, 56-76. Ver también, MANGAN, J. A. (coord.): *Shaping the Superman: Fascist Body as Political Icon-Aryan Fascism*, London, Frank Cass, 1990.

puede ayudar a entender esta especie de obsesión con la homosexualidad, la cual se convirtió en un símbolo del primitivismo y la barbarie, como cuando el historiador medieval y político de la República Claudio Sánchez Albornoz argumentó que sin la Reconquista “hubiera triunfado la homosexualidad, tan practicada en la España mora”<sup>10</sup>. La “civilización” era obra de los hombres, cuyo control de sus pasiones primarias permitió que prosperara la cultura. Lo opuesto, como sugiere la cita de Sánchez-Albornoz, era un mundo dominado por estas pasiones básicas e instintos animales.

En España, una cultura clericalizada permitió que los discursos dominantes del catolicismo y de la respetabilidad burguesa sencillamente negaran la primacía de los sentimientos sexuales. Aun así, incluso si se mencionaba explícitamente, la convicción de que la homosexualidad era incompatible con la “virilidad” se podía hallar a lo largo del espectro político en España, así como en Europa. El establecimiento de un estereotipo masculino explícitamente opuesto —aunque muchas veces tácitamente— a una idea igualmente estereotipada sobre la homosexualidad era en consecuencia parte de un lenguaje común entre los fascistas y la derecha no fascista. Teniendo en cuenta la importancia que se daba entonces a los ambientes exclusivamente masculinos —colegios de niños, clubes sociales y deportivos y, sobre todo, los cuarteles— quizás no debiera sorprendernos. Sin duda alguna, el temor generalizado a prácticas “no naturales” incluía el contacto homosexual adolescente, así como la masturbación, los cuales se veían como peligros mucho más reales que la vulnerabilidad infantil ante los abusos sexuales de adultos. Se les insistía a los niños para que resistieran la tentación y controlaran el deseo de su propio cuerpo en vez de reconocer y resistir los deseos de otros. De modo que la sexualidad masculina ocupaba una posición principal, aunque muy ambivalente, en el establecimiento de esta masculinidad dominante. Por ello la autoridad varonil dependía de una identidad corporal —la existencia de los hombres dentro de un cuerpo sexuado— aunque ese mismo cuerpo fuera a la vez una fuente de la corrupción y decadencia que debían ser resistidas.

A pesar de la insistencia sobre el autocontrol, existía también una ambigüedad en el origen de la comprensión contemporánea de la masculinidad. De hecho, muchos estudiosos dirían que la masculinidad es siempre frágil: los niños eran varones simplemente debido a su sexo, pero no eran —y puede que ni siquiera se convirtieran en— hombres. Los niños se tenían que *convertir* en hombres para luego demostrar esa transformación, y ofrecer así la prueba de su nuevo y varonil estado<sup>11</sup>. En este sentido, la masculinidad dependía de la separación de un niño de su madre, su casa y su familia —una separación que se puede interpretar como una negación al niño de cualquier rasgo de feminidad, o al menos de los sentimientos y rasgos que la sociedad contemporánea veía como “femeninos”. A lo largo del período de

---

<sup>10</sup> CLEMINSON, Richard y VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco: “Los invisibles”: Hacia una historia de la homosexualidad masculina en España, 1840-2000”, *International Journal of Iberian Studies*, 13, 3 (2000), 174.

<sup>11</sup> Por ejemplo, TOSH, John: “What Should Historians Do with Masculinity?”, *History Workshop Journal*, 38 (1994), 179-202.

entreguerras, la fragilidad de la identidad masculina *subjectiva* se veía no sólo en sus actitudes muy ambivalentes hacia el sexo y la sexualidad, sino también en el contrapunto entre violencia y autocontrol. Esta inseguridad acerca de la identidad masculina provocó que ésta se volviera exagerada, reforzada una vez tras otra en oposición a los “otros”, afeminados y desviados. A pesar de la insistencia en el autocontrol, tal yuxtaposición —la definición de la identidad masculina a partir de la dominación y la superioridad— inevitablemente fomentaría actitudes violentas.

Ser soldado, la experiencia masculina por excelencia a principios del siglo XX, puso de relieve esta paradoja: estando en combate, muchos soldados describieron la experiencia de matar con referencias a la satisfacción sexual y la emoción<sup>12</sup>. Los criterios de entrenamiento militar variaban enormemente, especialmente en conflictos impremeditados con un nivel alto de movilización civil o miliciana como pasó en la Guerra Civil española. Pero, aun entre soldados disciplinados y profesionales, el acto bélico dependía de la capacidad de desatar una violencia salvaje y bruta, tanto si se llevaba a cabo según las reglas del campo de batalla como si se ejecutaba entre el caos, la masacre y la violación. Aunque pocas veces se admita abiertamente, la relación entre guerra y agresión descontrolada se insinuaba hasta en los textos más eufemísticos. La carta que el cardenal Gomá escribió al cardenal Pacelli —el futuro Papa Pío XII— el 13 de agosto de 1936, por ejemplo, trataba principalmente de justificar la rebelión, enumerando los temas que después desarrollaría en su carta pastoral, “El caso de España”, el 23 de noviembre. Aun así, después de elogiar “las gloriosas tradiciones del viejo ejército español” y el “ardor bélico” de las milicias, añade una frase breve y sin hipérbole: “Tal vez haya que reprochar al Fascio (la Falange) la dureza en las represalias”<sup>13</sup>.

Tanto la asociación entre hombre y violencia como entre hombre y guerra se basan fundamentalmente en la naturaleza física. Puede que los conceptos sobre el género —y sin duda los conceptos sobre el papel de cada sexo— se construyan socialmente y culturalmente, pero la fuerza física masculina se sitúa en el epicentro de la perdurable asociación entre masculinidad y agresión. A lo largo de la Guerra Civil, por ejemplo, imágenes de hombres esculturales y musculosos se usaron en ambos bandos para simbolizar tanto a los luchadores como a la lucha. Carlos Sáenz de Tejada, por ejemplo, usó un imaginario de soldados exageradamente fornidos que se abrían paso por las fortificaciones del “cinturón de hierro” alrededor de Bilbao para transmitir el poder absoluto del ataque de los Nacionales, pues la violencia militar del siglo XX —el más violento de la historia— fue arrolladoramente de hombre a hombre. En efecto, durante el período de entreguerras, un nuevo énfasis sobre la naturaleza física y la belleza masculina sintetizaban el desarrollo que seguía el concepto de masculinidad. El ideal estético de la masculinidad moderna —completamente influenciado por las estatuas clásicas— simbolizaba el autocontrol mascu-

---

<sup>12</sup> BOURKE, Joanna: *An Intimate History of Killing: Face-to-Face Killing in Twentieth-Century Warfare*, London, Granta, 1999.

<sup>13</sup> ANDRÉS-GALLEGO, José y PAZOS, Antón M. (coords.): *Archivo Gomá: Documentos de la Guerra Civil: Julio-Diciembre 1936*, Tomo 1, Madrid, CSIC, 2001, 86-7.

lino y la dominación de la voluntad. La figura masculina se esculpió hasta que consiguió la perfección física, simbolizando así la dominación de la masculinidad europea sobre cualquier otro tipo. El énfasis sobre el deporte y el físico tenía diversos orígenes —la educación de los varones y el entrenamiento militar, la medicina y la eugenesia, la nueva percepción de la salud, la naturaleza y el cuerpo—, pero logrará su apogeo durante el fascismo. Y en la España Católica, donde un profundo recelo hacia el “narcisismo” y la “desnudez” significaba que hasta la asociación de exploradores (o “*scouts*”) se veía con recelo, cambiar la percepción hacia el deporte era un propósito de la Falange.

Aunque otros proyectos propuestos por la derecha española promovían el aspecto de la fuerza del cuerpo masculino, fue sólo la Falange quien tuvo en cuenta su belleza. La dictadura del general Primo de Rivera había introducido programas de educación “pre-militar” para niños varones, cuyo énfasis residía en el entrenamiento físico pero, a lo largo de los años 30, el partido Falangista de su hijo sostuvo que el deporte era fundamental para la formación de “una juventud sana, limpia, alegre y heroica”. Gracias al deporte “todos se preparan para la Victoria”, aunque tal protagonismo no era simplemente funcional. Una estética específicamente fascista se exhibía en declaraciones como: “Nosotros sacaremos a la calle legiones de atletas a la conquista del solar del país, con la gracia y con la disciplina y con un claro, limpio y noble sentimiento de la fuerza”<sup>14</sup>. La asociación entre deporte y combate era explícita. La educación física entrenaba el cuerpo y fomentaba el espíritu colectivo: jovencitos imberbes se convertían entonces en hombres modernos. Esta conquista de la masculinidad transfiguraba tanto a individuos como a la colectividad (masculina). Y así como la figura del soldado se volvió la representación del “hombre de a pie” después de 1914, la transformación fascista del sexo masculino cambiaría a la nación: “la gimnasia trata de transformar a un pueblo por el cuerpo”<sup>15</sup>.

Precisamente esta noción de cambio transformacional se podía palpar también en la manera como vestían los hombres fascistas, su pose y sus gestos. La Falange otorgó mucha importancia a la apariencia física, como un fomento de la virilidad fascista y como recurso para diferenciar al fascismo de otros movimientos juveniles radicales que surgieron a raíz de la Segunda República<sup>16</sup>. Artículos falangistas se burlaban de las JAP por vestir corbatas y gemelos, olvidando oportunamente que José Antonio Primo de Rivera también había iniciado su carrera en traje y corbata, la vestimenta usual en los inicios de la Falange<sup>17</sup>. Sin embargo, como insinuaban las mofas al movimiento juvenil de la CEDA, el traje burgués pronto pasaría a ser sinónimo de política anticuada y burguesa. José Antonio, de clase alta, abandonó su traje de corte inglés por la camisa azul proletaria que se convirtió en emblema del

<sup>14</sup> FE (Órgano de Falange Española), 7 de diciembre 1933.

<sup>15</sup> FE, 8 de marzo 1934.

<sup>16</sup> VINCENT, Mary: “*Camisas nuevas: Style and Uniformity in the Falange Española, 1933-43*”, en PARKINS, Wendy (coord.): *Fashioning the Body Politic: Dress, Gender, Citizenship*, Oxford y Nueva York, Berg, 2002, 167-188.

<sup>17</sup> FE, 1 de marzo 1934; JATO, David, *La rebelión de los estudiantes: Apuntes para una historia del alegre SEU*, Madrid, CIES, 1953, 59.

nuevo estilo fascista. Escogida como un homenaje consciente al fascismo italiano en octubre de 1935<sup>18</sup>, la camisa fue una identificación deliberada con la derecha radical de un lado, y la política juvenil de lucha callejera por otro. La camisa azul significaba acción: era una parte intrínseca de la “dialéctica de los puños y de las pistolas”<sup>19</sup> de la Falange. El lenguaje visual de las camisas azules transmitía informalidad y organización: eran modernas, juveniles y desenfadadas, permitiendo una clara libertad de movimiento y comodidad.

Las camisas también conllevaron una nueva carta de presentación a la movilización política: la presencia masiva de hombres jóvenes portadores de la camisa azul sugería una definición de poder colectiva, masculina. Las camisas eran un uniforme emblemático del protagonismo de la disciplina, jerarquía y violencia en la Falange. Desde octubre de 1935 todos los falangistas tendrían que vestirlas en reconocimiento del cambio en la naturaleza del movimiento, que se había vuelto “una organización rotunda, varonil, firme: más, si cabe, que antes.” Se eligió el azul mahón, “un color ... neto, entero, serio y proletario”, por ser el color más apropiado, por el contraste, por ejemplo, con las charreteras y la trenza dorada de los uniformes militares protocolarios<sup>20</sup>. Las camisas azules resumían el espíritu de los cuarteles y de la camaradería sin clase de las trincheras, el estilo de un movimiento que “preferirá lo directo, ardiente y combativo”<sup>21</sup>. En este nuevo estilo para una nueva generación, las camisas azules de la Falange sirvieron de emblema para un nuevo hombre fascista. Eran importantes tanto para el simbolismo del himno del partido, *Cara al sol*, una “canción de amor y guerra” cantada por primera vez en febrero de 1936, como para las representaciones de José Antonio, cuyo nombre, cara, ropa y modales se incorporaron a la iconografía del régimen franquista después de la ejecución del líder falangista en noviembre de 1936.

Retratos idealizados y románticos reinventaron a José Antonio, convirtiéndole en el portador más famoso de la camisa azul. Los teóricos del partido argumentaron que la camisa azul tenía un propósito doble: el de servir como recordatorio de “nuestra base militar” y “nuestra esencia religiosa”<sup>22</sup>. Aun así, a pesar de la famosa aseveración de José Antonio de que la Falange eran “mitad monjes y mitad soldados”, la camisa azul no mantenía ningún parecido con el vestido clerical. En cambio, encajó dentro del discurso varonil de entreguerras: en camisa con el cuello desabrochado, José Antonio posó de una manera mucho más sexual que ningún cura, mientras la asociación entre fascismo y violencia dejó claro que nos encontrábamos ante un hombre vestido para la acción. Las numerosas creencias hagiográficas sobre su muerte construyeron gran parte de su virilidad: ante sus carceleros y su verdugo, él se encontraba impertérrito y solemne, el paradigma del autocontrol mas-

---

<sup>18</sup> PEMARTÍN, Julián: *Teoría de la Falange*, Madrid, Editorial Nacional, 1941, 44-5.

<sup>19</sup> PRIMO DE RIVERA. José Antonio: “Discurso de la fundación de la Falange Española”, en *Obras completas*, Madrid. 1945.

<sup>20</sup> BRAVO MARTÍNEZ, Francisco: *Historia de la Falange Española de las JONS*, Madrid, Editorial Nacional, 1940, 27, 69-70.

<sup>21</sup> “Norma Programática de la Falange”, *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera*.

<sup>22</sup> PEMARTÍN, *Teoría de la Falange*, 43-44.

culino opuesto al ímpetu juvenil<sup>23</sup> Aunque no hubiera muerto en combate, la iconografía del líder de la Falange vestido con la camisa azul contribuyó a aquel discurso de virilidad que, según algunos estudiosos, en Italia unificó y dio significado al “régimen discursivo” del fascismo<sup>24</sup>.

Es significativo que, en España, el discurso fascista se empezara a desarrollar sólo durante y después de 1936. Las insignias e iconografía de la Falange ya se habían escogido en febrero de 1936, pero la Guerra Civil condujo a un nuevo ímpetu, así como a una intensidad de sentimiento y experiencia<sup>25</sup>. La irrupción de la Guerra Civil marcó el inicio de esa “etapa ardiente de la que saldrá refundida el alma y la vida de la Patria”<sup>26</sup>, el período de una auténtica dinámica fascista en España. Se refundió la historia temprana del partido para demostrar que, hasta siendo una facción diminuta y mayormente aristocrática, la Falange siempre había representado el “vértigo” viril del fascismo. La llamada a la acción se convirtió en acción por sí misma: la violencia era una estrategia retórica antes de que se representara sobre y a través de los cuerpos de los falangistas y sus oponentes. Se dice que el mismo José Antonio explicó que su “dialéctica de puños y pistolas” era una “metáfora retórica”, un alegato que siempre se ha desmentido<sup>27</sup>. Pero la retórica se encontraba entre los principales “rasgos definitorios del fascismo”<sup>28</sup>. La retórica y la fantasía varonil ayudaron a crear el fascismo, en el sentido de discurso y de comunidad: la Falange original, por ejemplo, era pequeña y sumamente juvenil; su impacto político fue pequeño y, el militar, reducido a rencillas estudiantiles. Sin embargo desarrolló una retórica de fervor y entusiasmo de juventud y una praxis de agresión masculina espontánea que creó una hoguera de posibilidades que la Guerra Civil prendió.

Las primeras historias “oficiales” de la Falange se escribieron después de la Guerra Civil, escondiendo la fragilidad e incertidumbre de la organización inicial detrás de la retórica de una acción juvenil y la violencia transformacional. Las reyertas estudiantiles se volvieron episodios heroicos. Un asalto, conducido por el jefe de la milicia, Agustín Aznar, se había comunicado erróneamente a la prensa como dirigido por una mujer. Tal trasgresión era, por descontado, imposible para la Falange: como recordaba Pilar Primo de Rivera, “eran demasiado hombres los hombres de la Falange para meternos a nosotras [la Sección Femenina] en estos menesteres”<sup>29</sup>. La cuestión es que el mismo Aznar se transformaba a causa de la lucha: según palabras de José Antonio, “Agustín, batiéndose, parece un ángel”<sup>30</sup>. La agresión instintiva había

<sup>23</sup> Por ejemplo, PRIMO DE RIVERA, Pilar: *Recuerdos de una vida* Madrid, Dyrsa, 1983, 139-41.

<sup>24</sup> SPACKMAN Barbara: *Fascist Virilities: Rhetoric, Ideology, and Social Fantasy in Italy*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.

<sup>25</sup> Sobre el fascismo en España, ver PAYNE, Stanley: *Fascism in Spain, 1923-1977*, Madison, University of Wisconsin Press, 1999; SAZ CAMPOS, Ismael: *España contra España: Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, SAZ CAMPOS, Ismael, *Fascismo y franquismo* Valencia, Universitat de València, 2004 y PRESTON, Paul: *The Politics of Revenge: Fascism and the Military in Twentieth-Century Spain*, London, Unwin Hyman, 1990.

<sup>26</sup> BRAVO, *Historia de Falange Española*, 149

<sup>27</sup> PAYNE, *Fascism in Spain*, 105.

<sup>28</sup> SPACKMAN, *Fascist Virilities*, x-xi.

<sup>29</sup> *Recuerdos de una vida*, 70.

<sup>30</sup> JATO, *Rebelión de los estudiantes*, 156.

transformado al luchador —la figura masculina del campeón de lucha libre grecorromana de Castilla se había quedado afeminada y etérea— como la “conquista del estado” fascista transformaría el futuro de la nación.

Encontramos más de un trazo de homoerotismo en la descripción que hace Primo de Rivera de Agustín Aznar; quizás no deba sorprender dado el protagonismo de los ambientes homosociales en el fascismo. También está más que documentada la carga erótica del combate, así como la mayor intensidad vivencial durante la guerra. Se encontró una repercusión, por ejemplo, en el romanticismo exagerado de las cartas que los soldados escribían desde el frente a sus madrinas de guerra, chicas a quienes no conocían y que tenían la función de servirles de fantasía<sup>31</sup>. Mientras que el efecto de tal erotismo en la mente individual es difícil de sopesar, no se puede divorciar del discurso de virilidad. La dinámica viril del fascismo salvaría y transformaría España. Actos de heroicidad y sacrificio salvarían a la nación y transformarían a aquellos que los llevaran a cabo: la camaradería cambiaría las vidas de hombres jóvenes, a medida que forjaban nuevas amistades y experimentaban una intensidad vivencial comparable sólo a la del fuego. La Falange hablaba un lenguaje de hermandad, jurando camaradería, llamándose unos a otros *camarada* y tuteándose. “En el compañero de la Falange ved siempre un hermano”, proclamaba un artículo, “en la Falange nos queremos los unos a los otros más que en cualquier otra unión de gentes españolas.” La experiencia bajo la resistencia y la persecución de la República había forjado lazos más fuertes que los de sangre, concretamente ahora que la sangre se había derramado en su honor. Las vidas de soldados caídos —los “mártires” de la causa— daban fe de la fortaleza de esas uniones: habían muerto por sus camaradas y por su causa, tal era el vínculo entre ellos. Esta era una hermandad verdadera: “una comunión, una hermandad, no retórica y ostentosa sino viril, silenciosa, profunda, verdadera”<sup>32</sup>.

Ni siquiera entre la confusión de la Guerra Civil estos hombres estaban a merced de sus pasiones: la voluntad controlaría su cuerpo. “Un hombre, señor de sí mismo, que sabe imperar sobre sí mismo, es un hombre que sabe mandar y obedecer”<sup>33</sup>. Hasta en la hermandad se necesitaban disciplina y obediencia; la determinación y el autocontrol eran cualidades que se requerían a la hora de luchar: la voluntad masculina se había transformado en el agente del cambio palingenésico. El lenguaje regeneracionista, como el viril, unió a cada grupo y facción que luchara por la causa nacional en la Guerra Civil y, como hemos visto, había una conexión clara entre ambos. Pero a pesar de las superposiciones y coincidencias con el discurso regeneracionista más amplio, el proyecto fascista de palingenesis nacional continuó siendo singular, incluso después de la Guerra Civil<sup>34</sup>. La “conquista del estado” había costado a la Falange muchos de sus miembros y líderes originales: la sangre de los caídos había regado los campos españoles mientras el número abso-

<sup>31</sup> Por ejemplo, RAMÓN, Manuel de y ORTÍZ, Carmen: *Madrina de guerra: Cartas desde el frente* Madrid, La Esfera de los Libros, 2003, 117-119.

<sup>32</sup> “Hermandad”, *¡¡Ariba España!!* (Falange de Tudela), 22 de noviembre de 1936.

<sup>33</sup> *Ibid.*

<sup>34</sup> SAZ, *España contra España*, 157-202.

luto de bajas de la guerra exigía un futuro glorioso para España. La identificación hipernacionalista entre partido y nación —tan característica del fascismo— aseguró que, hasta en la posguerra, la Falange presentara su visión varonil de una nación armada como una dinámica continuada.

Mientras que la atención histórica se ha centrado tradicionalmente en la pérdida paulatina de protagonismo de la Falange a lo largo de la Guerra Civil, hoy en día se acepta que el partido sacó mucho más beneficio del alzamiento militar de lo que hubiera podido conseguir sin éste. Sin duda alguna, la unión forzada con la Comunión Tradicionalista carlista en abril de 1937 mutiló a la Falange, creando la base para un partido único domesticado, dedicado a alabar las glorias del Caudillo. El partido único estaba, en cualquier caso, lejos de ser un hecho en 1937. La Falange tenía el mejor reclamo para ser un auténtico vehículo de movilización masiva: no sólo había inducido a incontables voluntarios al esfuerzo bélico, sino que había proporcionado la estética del nuevo estado de Franco, su despliegue político y la retórica de conquista nacional. A lo largo de la guerra también obtuvo más influencia política que los carlistas, especialmente porque, como ideología política, el fascismo hablaba de conquista y modernidad de una manera que eclipsaba fácilmente los discursos legitimistas y monárquicos, sobre todo entre 1939 y 1943, cuando el fascismo estaba en auge por toda Europa<sup>35</sup>.

Sin embargo, la experiencia de la guerra total por toda Europa se sentía por lo menos tan caótica, brutal y comprometida como emocionante y heroica. Las condiciones de la Guerra Civil —que recuerdan tanto a aquellas de ocupación y resistencia en Europa occidental después de 1943— no han podido más que incrementar la ambigüedad de la experiencia. Sin duda alguna, la retórica falangista del esplendor, sacrificio y camaradería de guerra no encajó demasiado bien una vez terminada la lucha. Por cada héroe había una víctima, un delincuente o un chivo expiatorio: hombres cuya masculinidad estaba o bien negada o comprometida de alguna forma. Para los republicanos derrotados, la crisis se definía por la ocupación y la sumisión: su masculinidad se puso en duda dada su subyugación forzosa. Para los victoriosos, la grave situación de los derrotados era o invisible o bien merecida, consecuencia de sus propios errores y transgresiones. Pero la experiencia de la Guerra Civil también había dañado a los hombres del bando nacionalista. Hasta los victoriosos habían “discovered that war destroys, mutilates, disfigures and humiliates endless ranks of men”<sup>36</sup>.

Extremidades dañadas, cuerpos desfigurados y mentes perturbadas no encajaron fácilmente dentro del discurso dominante de la masculinidad, con su énfasis en la acción heroica y un sentido estético de la belleza masculina. Los heridos eran indudablemente héroes, aunque las lesiones y los traumas los habían mutilado. ¿Cuál era el estatus de estos hombres, cuyas experiencias en el frente les habían robado la autonomía e independencia que su virilidad les tendría que haber conferido?<sup>37</sup>.

<sup>35</sup> Sobre la marginación de los carlistas, ver CANAL, Jordi: *El carlismo*, Madrid, Alianza, 2000, 327-41.

<sup>36</sup> CAPDEVILA, Luc: “The Quest for Masculinity in a Defeated France, 1940-1945”, *Contemporary European History* 10, 3 (2001), 424.

<sup>37</sup> Ver BOURKE, Joanna: *Dismembering the Male: Men's Bodies, Britain and the Great War* London, Reaktion, 1996; LEED, Eric: *No Man's Land: Combat and Identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

Especialmente problemática fue la categoría de hombre “histérico”, englobando a aquellos que habían padecido un trauma o una “neurosis de guerra”, los cuales conservaban poco de su autocontrol que supuestamente definía y caracterizaba la masculinidad<sup>38</sup>. El ataque de nervios era el más femenino de los trastornos, del dominio de los débiles de voluntad, asociado a la homosexualidad entre los hombres. Pero ahora, las mentes quebrantadas de muchos soldados —incluidos los indiscutiblemente jóvenes, valientes y heterosexuales— mostraban conmovedoramente su imposibilidad de controlar la mente a través de la voluntad.

La reacción al problema por parte del régimen franquista inicial fue esencialmente militar: alrededor de 80.000 hombres sufrían minusvalías permanentes por la Guerra Civil, y al menos la mitad de éstos, en el bando republicano. A éstos no se les mostró ni compasión ni misericordia, sino encarcelamiento o privación de empleo, como al resto de los vencidos. Por contraste, los minusválidos del bando nacional se incorporaron al Benemérito Cuerpo de Mutilados de la Guerra por la Patria, fundado por el mutilado más famoso de España, el General José Millán Astray, en 1938<sup>39</sup>. Se suministraron algunas pensiones —normalmente para aquellos sumamente incapacitados como para trabajar— así como tratamientos médicos y transporte subvencionado. Se reservaron puestos de trabajo para veteranos discapacitados, que ahora podían trabajar de porteros y recepcionistas en edificios públicos o, para los que tenían estudios, al frente de un mostrador en la administración pública. Es significativo que la ley de 1938 sólo se aplicara a aquellos con heridas físicas: para beneficiarse, los ciegos o enfermos mentales tenían que enseñar heridas. Fue ya en 1945 cuando el alcance de la ley se amplió para incluir a todos los veteranos —un indicador del muy problemático estado de los discapacitados y también de la manera como la percepción de la masculinidad había cambiado como consecuencia de la guerra.

Millán Astray permaneció al frente del Cuerpo de Mutilados hasta su muerte en 1954, tratando su cargo con su ampulosidad teatral habitual. El fundador del Tercio de Extranjeros adaptó el lema de la Legión “¡A mí la Legión!” , por el de “¡A mí los mutilados!” e insistió en reivindicar un puesto militar para los veteranos discapacitados, sin duda porque él había continuado en activo incluso después de perder un brazo y un ojo en Marruecos. Millán Astray utilizó su propio cuerpo lisiado para simbolizar y personificar la resistencia varonil, portando sus “numerous wounds with their accompanying medals like trophies of masculinity”<sup>40</sup>. La suya fue una demostración de virilidad, como correspondía a un hombre cuya Legión, cada día

---

<sup>38</sup> WINTER, Jay (coord): “Shell-shock” Special Issue *Journal of Contemporary History*, 35, 1 (2000); LERNER, Paul: *Hysterical Men: War, Psychiatry and the Politics of Trauma in Germany, 1890-1930*, Ithaca y London, Cornell University Press, 2003.

<sup>39</sup> AGUILAR, Paloma: “Agents of Memory: Spanish Civil War Veterans and Disabled Soldiers”, en WINTER, Jay y SIVAN Emmanuel (coords): *War and Remembrance in the Twentieth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, 84-103; PRESTON, Paul: *¡Comrades! Portraits from the Spanish Civil War*, London, HarperCollins, 1999, 11-42.

<sup>40</sup> BALFOUR, Sebastian: *Deadly Embrace: Morocco and the Road to the Spanish Civil War*, Oxford, Oxford University Press, 2002, 174; ver también pp. 207-213.

más influida por el fascismo italiano, alababa la violencia y prometía redención a los caídos en combate. El “Credo Legionario”, por ejemplo, insistía en que “Morir en el combate es el mayor honor. No se muere más que una vez. La muerte llega sin dolor y el morir no es tan horrible como parece. Lo más horrible es vivir siendo un cobarde”.

Sin embargo, en la posguerra, con indicios y recordatorios de la brutalidad del conflicto por todas partes, esta percepción intransigente de la masculinidad amenazaba con volverse una caricatura al igual que pasó con el propio Millán Astray. Los efectos erosivos de la violencia habían marcado los cuerpos de los hombres, y no todas las heridas se lucían como insignias de victoria. Conviene tener presente que, a pesar de sus lesiones, Millán Astray no había perdido ni su autocontrol ni su función sexual: todavía era capaz de disparar, cabalgar y engendrar hijos como de hecho lo hizo fuera del matrimonio en 1941. Pero no todos fueron tan afortunados ni privilegiados. La sociedad española contemporánea guardó un sentido de deformidad grotesco: por regla general, las singularidades físicas dieron paso a apodos —“el loco”, “el cojo”— que designaban el rasgo definitorio de alguien, especialmente en comunidades pequeñas, donde los apodos también se usaban como burla social. La incapacidad de ganar un sueldo se veía también como algo totalmente vergonzoso, aunque el hombre en sí no hubiera cometido ninguna falta o no tuviera culpa alguna. Los trabajos sedentarios reservados para los veteranos discapacitados no conllevaban connotaciones de liderazgo ni acción. Ser portero era, sin duda, una posición respetable, pero no era para nada congruente con la definición falangista de “virilidad”.

Incluso entre los victoriosos había muchos que acabaron la guerra sintiéndose o pareciendo menos hombres que cuando partieron para luchar. La experiencia del combate había desenterrado la fragilidad esencial de la masculinidad, y esta fragilidad parecía especialmente aguda —hasta exagerada— cuando se contrapuso a la virilidad inflexible de los discursos fascistas, ya fueran de la Falange o la Legión. Pero a pesar de este dominio casi embriagador en los años 30, la idea fascista de masculinidad siempre había coexistido con otras percepciones, de corte tradicional, de la autoridad masculina. El paternalismo había respaldado conceptos de rol de género antes de que el fascismo tomara forma como doctrina política o modo de vida. Un discurso paternalista dominante, si bien discreto, en tiempos de guerra y paz, caló a ambos lados de la división entre izquierda y derecha, orientando tanto al conservadurismo como a la democracia social. El paternalismo dependía de la autoridad masculina pero ni era militar ni tenía que ser violento —aunque el derecho de los padres a “disciplinar” a sus subordinados estaba recogido en la ley, como es el caso de España. Aun así, esta percepción más tradicional de la masculinidad tuvo acogida a lo ancho de la población europea: de aquí la confianza en el paternalismo como herramienta para la reconstrucción de posguerra en regímenes europeos tan variados como la Francia de Vichy o la República Federal Alemana<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> Sobre el caso francés, ver CAPDEVILA: “The Quest for Masculinity” y, sobre el caso alemán, Frank Biess: “Men of Reconstruction—The Reconstruction of Men. Returning POWs in East and West Germany, 1945-1955”, en HAGEMANN y SCHUELER-SPRINGORUM (coords.): *Home/Front*, 335-58.

También en la España de Franco, la reafirmación del paternalismo permitió una reconstrucción de la autoridad masculina incluso cuando el dinamismo “viril” del fascismo se despedazaba. Este cambio en las percepciones de la masculinidad tuvo su simbología visual cuando una corbata negra se incluyó al uniforme falangista en un gesto —fundamentalmente burgués— de respeto por José Antonio. El protocolo burgués no era ajeno al fascismo, que a menudo había defendido el decoro, opuesto a la decadencia o a la disidencia política. Igualmente, los conceptos sobre roles de género siempre habían conllevado una fuerte carga de orden “natural”, en el que la equidad de la comunidad nacional se mediaba a partir de varias jerarquías sociales, sexuales e intelectuales. Esto hizo que la Falange no pudiera resistir la aseveración de paternalismo burgués de la posguerra, no por su debilidad política sino porque gran parte de su concepto de masculinidad coincidía con ideas de género mucho más difusas. De hecho, puede que las ideas falangistas consiguieran un protagonismo tal en el bando nacional precisamente porque adoptaron conceptos ampliamente aceptados sobre la autoridad y superioridad masculinas y los reinventaron, haciendo de la “virilidad” el eje de una ideología política moderna y dinámica.

Tras el final de la guerra, las imágenes de luchadores viriles perdieron su brillo, aunque se mantuvo la creencia general en la superioridad masculina, sin ir más lejos en el mismo régimen franquista. Y mientras la doctrina falangista podía haber perdido efectividad, otros códigos varoniles pervivieron dentro de la coalición nacionalista, incluso a lo largo de la oscura década de los años 40. El paternalismo era un rasgo destacado en el pensamiento de la Iglesia Católica, como se ejemplifica en su doctrina familiar y de justicia social<sup>42</sup>. Y como la defensa de la Iglesia Católica había caracterizado a la derecha conservadora durante la Segunda República, esos grupos que un día se incorporaron a la CEDA —a menudo pasándose a la Falange después de febrero de 1936— también se distinguían por una marcada visión paternalista de la política. Estas corrientes —aunque sin duda alguna representaban el sentimiento general en la coalición franquista— no siempre reflejaban el espíritu de la victoria. Se excluyó a los curas de portar armas mientras que su celibato mostraba un estado de masculinidad ambiguo a los ojos de muchos. El líder de la CEDA, José María Gil Robles, huyó a Portugal al estallar la Guerra, y a duras penas fue una figura heroica posteriormente, mientras su antiguo movimiento juvenil había luchado, ya fuera con los uniformes de la Falange o del ejército.

Se necesitaba una visión de la masculinidad que recogiera la “gloriosa” experiencia bélica de la “Guerra de España” pero que no dependiera de ello; que reconociera el servir de soldado como la experiencia definitoria masculina pero que se centrara en el hogar y la familia en vez de en el cuartel. La reinterpretación de la masculinidad durante la posguerra exigía una reafirmación del paternalismo y es aquí donde el carlismo encontró una voz renovada. Aunque políticamente eclipsado por la Falange y el ejército, el Decreto de Unificación catapultó al carlismo al centro del Nuevo Estado; fue decisivo que el carlismo pudiera aportar un modelo para el orden social impuesto por el “Nuevo Estado” franquista. Nadie ponía en

---

<sup>42</sup> Ver, por ejemplo, las encíclicas de Pío XI, *Casti Connubii* (1930) y *Quadragesimo Anno* (1931).

duda la legitimidad del “españolismo” del carlismo. Su lealtad a la “causa española” no se cuestionaba, ni tampoco su compromiso con el esfuerzo bélico franquista. Los carlistas se alzaron casi unánimemente cuando los generales emitieron su llamada a las armas en julio de 1936, al menos según la leyenda popular. El movimiento había nacido durante otra guerra civil y la fuerza de la tradición del Requeté provocó que la identidad política y militar carlista fuera inextricable. Los hijos de familias carlistas recibían la boina roja en la cuna; como reforzando la asociación genérica entre hombre y ejército que se sitúa a la cabeza del movimiento, las niñas recibían una margarita<sup>43</sup>.

Sin embargo, las jerarquías entre sexos que formaron las estructuras del carlismo eran familiares y no militares, y estas mismas jerarquías definirían el orden social franquista de la posguerra. El concepto de masculinidad que encontramos en el carlismo dependía de la autoridad paternal y se sostenía en décadas —y hasta siglos— de vivir dentro de la familia multigeneracional<sup>44</sup>. Esta visión de la masculinidad resultó ser mucho más perdurable que el embriagador pero al fin y al cabo frágil “vértigo” del fascismo. No hay duda de que este “vértigo” —para usar la tan apta descripción de Stanley Payne— afectó al Requeté a lo largo de los años 30. La literatura carlista también recordaba las glorias de la batalla, el heroísmo de los combatientes del Requeté y los fuertes lazos de la camaradería. Una historia hablaba de un grupo de Requetés que, armados con sólo piquetas, pararon a un tanque republicano, derrotando al enemigo fundamentalmente con la valentía y una fuerza de voluntad absoluta<sup>45</sup>. Sin embargo, aunque la respuesta del Requeté en 1936 fue posiblemente tan entusiasta como la falangista, existía la sensación de que los jóvenes carlistas respondieron de esa manera porque sus padres habían actuado igual antes que ellos<sup>46</sup>. De hecho, la familia más que el individuo perduró como la unidad básica del carlismo: la decisión de quién debía responder la llamada a las armas correspondía al cabeza de familia. En julio de 1936, con la cosecha aún por recoger, el deber de alistarse se tenía que sopesar con las necesidades del hogar. Entonces se pudo desarrollar una “estrategia familiar”, aunque la responsabilidad máxima recayó sobre el padre, quien se encargaba de la cara pública de la familia y era su representante<sup>47</sup>.

<sup>43</sup> VINCENT, Mary: “Spain”, en PASSMORE, Kevin (coord.), *Women, Gender and Fascism in Europe, 1918-1945*, Manchester, Manchester University Press, 2003, 203.

<sup>44</sup> Para la importancia de la familia dentro del carlismo, ver CANAL, Jordi: “La gran familia: Estructuras e imágenes familiares en la cultura política carlista”, en CRUZ, Rafael y PÉREZ LEDESMA, Manuel (coords): *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, 99-136.

<sup>45</sup> MACCLANCY, Jeremy: *The Decline of Carlism*, Reno y Las Vegas, University of Nevada Press, 2000, 16-18, 26.

<sup>46</sup> Ver los testimonios en MACCLANCY, Jeremy: ‘Navarra’, *Revista de Antropología Social*, n.º. 8.0 (1991), 123-6. Sobre la movilización del carlismo en la Guerra Civil, ver también CASPISTEGUI, Francisco Javier: “‘Spain’s Vendée’: Carlist Identity in Navarre as a Mobilising Model”, en EALHAM, Chris y RICHARDS, Michael (coords.): *The Splintering of Spain: Cultural History and the Spanish Civil War, 1936-1936*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, 177-195, MACCLANCY: *Decline of Carlism*, 15-73 y, sobre todo, UGARTE TELLERÍA, Javier: *La nueva Covadonga insurgente: Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998.

<sup>47</sup> Ver el caso de Álvaro Barrón, analizado en Ugarte: *La nueva Covadonga*, 9-21, 29-34.

Así, la familia patriarcal era la piedra angular de la sociedad carlista. Los niños se imbuían de valores políticos y religiosos en el hogar familiar, donde aprendían sobre la fe católica, la causa carlista y el heroísmo de sus antepasados. Había un sentido histórico en el proyecto carlista: sus sociedades veneraban la memoria de los caídos mientras las familias transmitían los testimonios de aquellos que se marcharon. Los objetos, especialmente la icónica boina roja, se pasaban de generación en generación, sirviendo así de potente fuente de memoria familiar y colectiva. La constancia y la fidelidad se inscribían en todas las otras virtudes carlistas: la lealtad —a la familia, al colectivo, a la causa y a la fe— se encuentra en los cimientos de la identidad carlista, que se transmitió a través de un simbolismo cultural rico y complejo<sup>48</sup>.

De esta manera el carlismo construyó sociedades verticales más que horizontales. Incluso la patria era “la tierra de los padres”, un país donde “los pueblos ... nos recuerdan a nuestros antepasados y sus generosos esfuerzos” y los niños crecían sabiendo “los placeres y sufrimientos de unas generaciones que pasaron”, que habían dejado a sus herederos “sus riquezas y el ejemplo de sus virtudes”<sup>49</sup>. Comparado con el fascismo, que enfatizaba las relaciones voluntarias con hermanos —ya fuera en el partido o en la milicia—, el carlismo hacía hincapié en el organicismo y la historia. Y mientras que la historia carlista funcionaba también como una metáfora para el destino hegeliano de la nación, el protagonismo de la genealogía hizo esta historia más familiar, hasta el punto de que parecía natural. Los miembros de la familia, tanto vivos como muertos, “forman una comunidad de afectos, goces, y esperanzas”<sup>50</sup>. De modo que las comunidades verticales del carlismo unieron a generaciones diferentes y a ambos sexos (aunque con roles claramente diferenciados). Había una unión de los vivos con los muertos, igual que la había cuando la colectividad del pueblo se reunía en la misa dominical. El vínculo vertical que unió a los carlistas estaba, pues, arraigado en las costumbres y la cultura de comunidades rurales.

Incluso a principios de los años 50, la mayoría de españoles vivían en estos pueblos y muchos de los veteranos de la Guerra Civil volvieron a ellos. Mucha gente se había trasladado a las ciudades, pero estos emigrantes mantuvieron a menudo el vínculo con su pueblo natal, habitualmente a través de lazos familiares. El pueblo también sobrevivió como un ideal, un refugio bucólico de la presión y privaciones de la vida urbana moderna. La cultura del carlismo, arraigada como estaba en el colectivo del pueblo, encontró resonancia entre muchos españoles que previamente habían tenido muy poca relación con el carlismo o sus feudos navarros. Y lo mismo pasaba con el paternalismo. El carlismo facilitó un modelo de masculinidad en los primeros tiempos del régimen de Franco, pues se mantuvo fiel a los orígenes de victoria militar del régimen a la vez que presentaba un modelo de autoridad paternal

---

<sup>48</sup> CASPISTEGUI, Franciso Javier: “Navarra y lo carlista: símbolos y mitos” en MARTÍN DUQUE Ángel J. y MARTÍNEZ DE AGUIRRE, Javier: *Signos de identidad histórica para Navarra* Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, 355-70.

<sup>49</sup> *La Fe* (Organo oficial de la Comunión Carlista), 3 de Julio de 1936.

<sup>50</sup> *Ibid.*

en el que destacaban las jerarquías familiares y la continuidad histórica: resumiendo, un orden natural. Esta visión de la masculinidad se alejaba de los vínculos horizontales y la dinámica incontrolable y violenta del fascismo. Y mientras que esa dinámica había sido imprescindible para ganar la guerra, ya no era útil sino mucho más peligrosa en tiempos de paz.

La posguerra exigió un sentido de orden social diferente, el cual hiciera hincapié en la jerarquía y el control, pero que también ofreciera una puerta a la paz. La percepción de autoridad masculina y responsabilidad que se sitúa en la base del paternalismo se difundió ampliamente entre la sociedad contemporánea y, mientras que algunos izquierdistas se opusieron, ningún derechista lo hizo; y muchos españoles, tanto de la izquierda como de la derecha, ansiaban una oportunidad de reconstruir sus casas, de crear un espacio doméstico inviolable que ofreciera un refugio de la guerra y sus recuerdos. El paternalismo, con su visión de un hogar organizado y “natural”, donde varias generaciones vivían juntas en armonía, ofrecía exactamente esta posibilidad. El paternalismo era, pues, fundamental para la construcción de algún tipo de acuerdo social en los primeros años de franquismo, siendo el denominador común entre la gente con ideas políticas diferentes o carente de ellas. Como se puso de relieve en la posguerra, el modelo carlista de masculinidad se extendió allende de Navarra.

*Traducción del inglés: Laia Darder Estévez*